

---

# REVISTA

DE

# ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

---

## SUMARIO

---

La Tierra Santa.—Amor Pagano.—Estudios sobre la historia de nuestro siglo: XXI, La Tercera Revelación.—Diálogo con un espíritu.—El Escultor, ¿Qué vale más? ¿Cuál de los dos es más ciego? (poesías).—Crónica.—Suscripciones.

---

## LA TIERRA SANTA

### Y LOS CRISTIANOS PRIMITIVOS

---

#### I

Situémonos frente á las costas de Asia. ¡Qué desolación!

Por el sur, más allá de Alejandria, se ocultan entre las brumas las colosales pirámides de Egipto: allá, al norte, diseminados por el archipiélago y los festones europeos y asiáticos, se divisan confusamente y en desorden rotos capiteles jónicos y corintios de los derruidos templos paganos, donde crecen el jaramago, la siempreviva y la paretaria.

Por enfrente el espíritu desolado desea y teme avanzar, quedando suspenso. Palmira, Nicea, Éfeso, Antioquia, son como las hojas plegadas de un libro oculto á las miradas profanas. Allá en los campos del Tigris y del Éufrates, Ninive y Babilonia de remota antigüedad: acá en el oeste, Tiro y Sidón dormidas al arrullo de las olas: junto al Jordán, coronando el mar de Tiberiades, los escombros de Corasin, Bethsaida y Capharnaum, que parecen esconderse más al azote de los fríos ventrisqueros, que les envían las nevadas cimas del Libano, desnudo casi de sus cedros seculares..... ¡Inmenso cementerio, donde yacen los restos de sucesivas civilizaciones!

El pastor maronita invade con sus ganados los sagrados recintos; el labrador



armenio mete su reja en las urnas cinerarias de los mártires; el judío planta su tienda de cambio en el oráculo de sus antiguos profetas; y el musulmán evoca en su recuerdo las leyes del Corán, para que gobiernen los hogares donde antes aleteaban los númenes tutelares de paganos y cristianos.

Á los ramos de mirtos y laureles ofrecidos á Ceres y Diana; á las coronas de yedra colocadas sobre la estatua de Minerva; á las inspiraciones descendidas sobre la sibila de Cumas, y la pitonisa de Delfos; á los altares adornados por las flores y lentiscos en Atenas y Corinto; sucedieron después los cantos de los salmos de David y las lamentaciones de Jeremías; y luégo, las inspiraciones de las profetisas y diaconisas cristianas; implantándose más tarde sobre estos campos, las tiendas de los hijos del profeta de Arabia. Hoy viven bajo un mismo cielo y suelo, gentiles y judíos, coptos y mahometanos, latinos y armenios, griegos y alejandrinos..... ¿Qué promontorio es aquel, que avanza en el mar y sumerge su base en las olas?... Avancemos. Subamos á su cumbre. Revisemos las grutas de sus contornos..... ¡Es el *Carmelo*! Sobre su cima flota la figura del profeta Elías. Descubramos la frente: ¡Estamos en Tierra-Santa! Recorramos estos cementerios tan queridos, evocando las cenizas de nuestros mayores, ó tal vez las nuestras en pasadas existencias: y al remover el rescoldo de su sagrado fuego, veamos si revive en nosotros el sentimiento, apagado por los huracanes de la indiferencia del siglo y su refracción á lo bello. La poesía no son las formas: está oculta debajo de sus pliegues.

Al pisar Tierra-Santa copioso llanto acude á nuestros ojos. El corazón late, porque inspiran aquí el amor y el ideal. Y á través de su diáfano prisma vemos cruzar los espíritus cristianos sobre sus antiguas tumbas, llenos hoy de vida y de luz, tras un expediente histórico de diez y nueve siglos de progreso.

¡Que ellos nos guíen en nuestra excursión, nos enseñen de nuevo los divinos poemas, y nos hagan revivir dormidos recuerdos, atrofiados sentimientos de amor, fe y esperanza!

## II

¿Por qué lloraba el alma ante copioso manantial de inspiración?  
Se descorre el velo.

Á la noche de invierno sucede esplendoroso día de primavera. Á la pena fatigosa de conciencia abrumada en el desierto de la vida, placenteros recuerdos, que vivifican.

Está delante de nosotros el camino del progreso y de la regeneración. Todo aparece bello en espíritu y materia. El bullicioso Jordán ofrece de nuevo sus encantos, como en días venturosos de inocencia, en que corríamos ansiosos en



busca de maestros y hermanos, que nos condujeran á la fuente amor, que apaga toda sed.

Todavía la tórtola anida en las orillas cantando sus ternuras; la paloma torcaz juguetea en el terebinto y la palmera; la emigrante golondrina guarda sus mensajes en el techo de rústica cabaña; y el parlero ruiseñor juguetea entre los romeros, los tomillos, la juncia y el mastranzo. Todavía las huertas diseminadas en la campiña tienen sus naranjos y granados acariciados por la brisa del mar de Tiberiades; y en la ribera se mira al espejo de sus aguas el mirlo oculto en su nido, cantando sus endechas.

Al norte del lago cerca de Capharnaum, residencia de Mateo, está *La Montaña*. ¡Besemos arrodillados su tierra bendita, teatro de la epopeya redentora del planeta! ¡Cuánto amor brota de estas peñas!

Al sur del lago, junto á Tiberiades, capital con Academia, permanece en pié el *Tabor*. Acerquémonos á él para transfigurarnos de hombres carnales en hombres espirituales; y así, aligerada la carga de este pesado fanal, recorreremos veloces el teatro del drama cristiano.

Atrás nos dejamos en la orilla del lago á Bethsaida, residencia antigua de Pedro, Felipe, Andrés, Santiago y Juan.

Al sur de Palestina, frente á la cabeza septentrional del Mar Muerto, está Belem, patria del Salvador, ostentando su pobreza y humildad. Más al norte la ciudad de las cuatro colinas, que tiene en sus contornos el torrente Cedrón, al este el valle de Josafat y el huerto de Getsemani, al oeste el Calvario y en el centro el largo trayecto de la vía dolorosa, donde no fué posible que el Mártir llevase áuestas el instrumento de su sacrificio sin el auxilio del Cirineo.

Cerca están otros pueblos. Entre Jerusalem y el mar, Arimatea, donde nació el caritativo José á quien cupo la dicha de dar sepultura al cuerpo del Maestro; al noroeste, Betania, donde vivían María, Marta y Lázaro, y donde fué éste resucitado. Más arriba por el cauce del Jordán, se halla Jericó. Enfrente, en la costa, Joppe, hoy Jaffa, donde Pedro volvió la vida á Tabita.

En el itinerario de Jerusalem á la marítima Cesárea está Antipatris, pueblo por donde fué conducido preso san Pablo acompañado de doscientos lanceros infantes y setenta de á caballo, antes de su marcha á Roma.

En Cesárea, sobre el Mediterráneo, residían los gobernadores romanos. Allí se defendió Pablo contra los judíos, ante Félix, Festo y Agripa: allí vivía Felipe con sus cuatro hijas doncellas, que profetizaban: y Pedro posó en casa del Centurión Cornelio, dando un abrazo de conciliación la corriente judía á la corriente gentil, hecho que luégo escandalizó á los compañeros de Pedro, que eran de la circuncisión, porque había traspasado los umbrales de la libertad.

Entre Cesárea y el Jordán, ya en los campos de Samaria, está Sichem, con el pozo de Jacob, donde el Señor conversó con la samaritana, la ramera de los sie-



te maridos, anunciándole la venida de una nueva edad, cuyo culto no necesita templos.

### III

Dejemos á Tiro y Sidón reclinadas á la orilla del Mediterráneo. Abandonemos Fenicia y pasemos á la antigua Siria. Allí está Damasco, de cuyas murallas fué descolgado san Pablo por una ventana envuelto en una espuerta, para librarse de la persecución después de su Conversión providencial en las cercanías de la ciudad.

No lejos está Antioquía, capital que competía en cultura con Alejandría y Atenas, y punto de arribo frecuente de todos los Apóstoles en sus excursiones. Reunidos allí los discípulos después de la dispersión acaecida por la muerte de san Esteban, recibieron por vez primera los iniciados el nombre de *cristianos*. Antioquía fué patria de san Lucas y en ella tuvieron Pablo y Pedro una memorable discusión.

Desde el Mar Muerto hasta Antioquia es el teatro principal del cristianismo, á excepción de las predicaciones de san Pablo y sus discípulos en países de gentiles. Es una zona de costa de unas cincuenta leguas de longitud por unas veinte de latitud.

El Jordán la surca de norte á sur en cuarenta leguas, formando en su curso un pequeño lago superior; después el mar de Tiberiades que solo tiene cinco leguas de largo por dos escasas de ancho y desemboca en el Mar Muerto, más al sur de Jerusalem, más de veinte leguas de norte á sur y seis de este á oeste.

Entre el Jordán y el Mediterráneo, siguen paralelas á la costa las cadenas de montañas del Líbano y Anti-Líbano, con sus profundos valles y risueñas campiñas de otros tiempos.

Sigamos la costa al norte y Occidente, penetrando en el país de la idolatría evangelizado por san Pablo y sus discípulos. ¡Qué gratísimos recuerdos! Tarso de Cilicia, cuna de san Pablo: Iconio de Licaonia, punto de predicación paulina: Listra, donde san Pablo sana á un cojo y á él y á Bernabé quiere adorarles el sacerdote de Júpiter, pero más tarde cambian las circunstancias y son apedreados, dejando á Pablo medio muerto: Éfeso, donde circula la noticia de que se levanta el martillo contra los idolos y Demetrio el platero, que hacía templecillos de Diana y mantenía á varios artífices, promueve una sedición contra Pablo de la que éste sale difícilmente. ¡Qué enseñanza encierra este hecho para la vida! El egoísmo es el enemigo de la verdad. Todo se tolera menos tocar indirecta ó directamente á los intereses que viven á la sombra de las viejas instituciones, sin pararse en el análisis del bien y del progreso.



Mileto recuerda una tierna despedida de san Pablo á los ancianos de Éfeso en una de sus excursiones.

Corinto es patria de Erasto, tesorero de la ciudad, espíritu que hoy nos llama á mejores mundos, á los que olvidando aquellos gigantescos esfuerzos hemos naufragado en el mar de nuestras pasiones. ¡Quién no recuerda la simpática firma de Erasto en algunos dictados medianímicos de los libros fundamentales de Espiritismo, continuación de aquellos memorables recuerdos de los siglos!

Atenas encierra una inolvidable página de Pablo ante el Areópago contendiendo valerosamente contra los epicúreos, estóicos y neoplatónicos, que sólo tenían sonrisas de desprecio, como acontece hoy á los impugnadores del Espiritismo. ¡Qué analogías entre el pasado y el presente! Cualquiera diría, aunque no lo supiera, que hoy, como entonces, asistimos al derruimiento de un viejo mundo decrépito, y á la inauguración de otro nuevo en cumplimiento de las profecías.

¿Pero cómo recorrer uno á uno aquellos sagrados lugares y meditar en todos? ¿Patmos, el oráculo del Apocalipsis de S. Juan? ¿Salónica, donde Pablo fué perseguido? ¿ó Filipos de Macedonia, donde fué preso con Silas?

Sólo la vida de san Pablo exige una extensa leyenda; porque san Pablo, de los judíos cinco veces recibió cuarenta azotes menos uno; tres veces fué azotado con vara; una apedreado; sufrió tres naufragios; tuvo asechanzas de falsos hermanos y de ladrones; sufrió cárceles; y pasó frío, desnudez, sed, ayunos y vigili-  
as.

#### IV

Cuatro viajes capitales hizo san Pablo.

El primero de Damasco á Jerusalem; luégo de Cesárea á Tarso, Antioquía y Jerusalem.

El segundo, de regreso en Antioquía, evangelizó á Chipre, Salamina, Pafos, Perges de Pamphilia, Antioquía de Pisidia, Listra, Derbe, Iconio, de nuevo Antioquía de Pisidia y Listra, Perges, embarca en Atalia para Antioquía de Siria, y marcha á Jerusalem.

El tercero, de regreso en Antioquía, penetra en Siria, Cilicia, Derbe, Listra, Frigia, Galatia, Misia, Troada, Somotracia, Nápoles, Filipos, Amphipolis, Apolonia, Tesalónica, Berea, Atenas, permanece en Corinto, haciendo tiendas con Aquila y Priscila, y después pasa por Éfeso, Cesárea y Jerusalem.

El cuarto, de regreso en Antioquía, recorre Galatia, Frigia, Éfeso, Macedonia, Grecia, Ason, Mitilene, Mileto, Chio, Samos, Coos, Rodas, Pátara, Chipre, Siria, Tiro, Ptolomais, Cesárea y Jerusalem, de donde sale preso para Roma por apelación al César.



El viaje á Roma, á partir de Jerusalem ó de Cesárea, constituye otra quinta expedición evangélica.

Es posible que en nuestras citas hayamos omitido algo ó invertido el orden en algún detalle de vida tan accidentada.

Según dice san Pablo en su epístola á los gálatas, escrita desde las prisiones de Roma, una de sus ausencias de Jerusalem duró tres años, y otra duró catorce en cuya expedición de retorno le acompañaron Tito y Bernarbé.

Estas ausencias con otros hechos nos hacen meditar sobre las maneras cómo fué predicado el Evangelio.

El año 64, por ejemplo, acontecía lo siguiente, según algunos historiadores.

Mateo escribía en Judea y en hebreo su Evangelio.

Marcos, en Roma, discípulo de Pablo, escribe el suyo en griego.

Santiago se ignora dónde estaba.

Lucas probablemente escribe en Grecia.

Pedro escribe en Roma, en el caso de que allí estuviese.

Pero Pablo había dado ya sus epístolas desde los años 52 al 63, haciendo su propaganda de libertad.

El Evangelio de Juan data del año 68, y el Apocalipsis del 95 ó 96, habiendo quién duda si se escribió en Éfeso ó en Patmos.

Pero antes que Pablo fuese llamado al apostolado, ya estaban iniciados en la doctrina Ananías de Damasco, que á su vez recorrió el velo á Saulo; Aquila y Priscila, emigrados en Corinto, huyendo de la persecución á los cristianos; Andrónico y Junia, y aun Apolos de Alejandría, que acabó de iniciarse en Antioquía por Aquila y su esposa. Y mientras Pablo y los suyos predicaban la incircuncisión en Grecia y el Ponto, hasta el punto de decir después en una epístola á los corintios, que sólo había bautizado á Crispo y Gaio y la familia de Estéfanos; algunos de Judea, llamados de la circuncisión, apenas distinguían el Cristianismo de una secta judía, adicionada con nuevas doctrinas, pero siguiendo en los ritos, cosas de que se queja Pablo en sus escritos. Cuestiones son estas del más alto interés para el cristiano, y que sólo la moderna revelación espiritista, auxiliada por la historia, la ciencia y la filosofía, puede explicar satisfactoriamente por la similitud de hechos bastante análogos que hoy se reproducen en todas las partes del globo simultáneamente y en el seno de todas las sectas que marchan á la reproducción del Evangelio en sus enseñanzas morales, dictadas por el Espíritu de Verdad.

## V

No hay seguramente varios evangelios, pero sí se descubren grados diversos de la Revelación bastante notables que no podían estar al alcance de los congregados más tarde en Nicea. Dejemos ahora este asunto.



Si en el teatro del Evangelio hemos distinguido memorables ruinas, que nos despertaron recuerdos amorosos, ¿cómo no seguir ahora á los actores?

En Berea, cerca de Filipos de Macedonia, había griegas de distinción, discípulas de san Pablo. Entre ellas se contaron también Lidia, vendedora de púrpura en Filipos; Priscila, la esposa de Aquila; María, Trifena, Trifora, Pérsida, Julia, la hermana de Nereo, Olimpa, Claudia, Apphia y Tebe, diaconisa de Cancreas. ¡Qué campo abierto á la emancipación, á la regeneración de la familia, y á la marcha hacia un porvenir de un nuevo orden de cosas opuesto á las servidumbres judía y pagana!

Entre los discípulos de Pablo podemos contar:

Aristarco, Amphias, Apeles, Aristóbulo, Asinerito, Aristorchó, Achaio, Artenas, Apolo, Archippo, Lino, Jasón, Pudente, Stachis, Rufo, Tercio, Zenón, Crescente, Cuarto, Crispo, Demaz, Erasto, Epeneto, Estéfanas, Filólogo, Epafraz, Epafrodito, Fortunato, Eubulo, Filemón, Silvano, Sóstenes, Sosipater, Silos, Gayo de Derbe, Gaio, Hermaz, Herodión, Lucio, Mercurio, Nereo, Narciso, Onesiforo, Onésimo, Marcos, Lucas, Urbano, Tito, Tychico, Trófimo, Timoteo de Listra, etc.

Si entre los gentiles se desenvolvía un drama de libertad, cuyo alcance todavía no podemos comprender, en medio de un férvido entusiasmo; entre los judíos no era menos conmovedor el cuadro que se presenta. Las mujeres del Evangelio encierran un poema divino de ternura, desconocido en el mundo; y hombres y niños, mujeres y ancianos, todos marchan movidos por una nueva corriente, que desafiaba las tiranías de césares y caducos sacerdotes de la sinagoga.

Había en la familia cristiana predominio de sencillez, sentimiento, fe y alegría. Se recibían las inspiraciones con verdadero culto de temor y respeto. La pureza de la nueva levadura social desparramada por la gracia atractiva del Espíritu Santo, no permitía creer entonces que pudiera venderse esta gracia por dinero como han creído después los sucesores de Simón el Mago, monopolizando el templo y restringiendo el advenimiento de otras ovejas al aprisco. Los intereses materiales no eran allí un fin exclusivo, sino un instrumento indispensable á la vida, pero á la vez una administración temporal. La consideración social se basaba en el desinterés, en el ejemplo, la humildad, el amor y el sacrificio. Entre ellos no había ningún necesitado. Vendían sus haciendas; traían el precio de lo vendido; hacían comunes todas sus cosas, y repartíanlas á todos, como cada uno había de menester. Tenían un alma y un corazón. Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, á los que amaban y respetaban. Tenían frecuentes reuniones, y reinaba en ellos la fraternidad, celebrando agapas ó comidas de amor. Esparcíanse por Galilea, Samaria y Judea, llevando á todas partes la palabra de igualdad. Diríase que una fuerza misteriosa les inspiraba desprendimiento y docilidad ejemplares y fervorosos, y que se preparaba una nueva evolución social en que



la poesía se desenvolvía en tiernísimas oraciones. Aquellos pastores daban lo que tenían y buscaban para dar.

Hoy al divisar el espíritu aquellas escenas se siente conmovido.

No llenaba aquel comunismo, según nuestra ciencia económica moderna, las completas exigencias de las leyes morales y del individuo; pero contenía las bases capitales con que no contamos hoy para un nuevo organismo social que nos apremia y se nos impone. Allí se disponía del sentimiento, cosa que necesitamos empezar por desenvolver en nuestras degeneradas sociedades europeas y americanas; había allí lógica en considerar como primordiales los intereses eternos del alma y transitorios y secundarios los del cuerpo, cosa que han involucrado las nefandas concupiscencias de nuestras razas caducas; y, sobre todo, se obraba como se pensaba y se sentía, matando el egoísmo y el orgullo, gérmenes mefíticos y deletéreos que todo lo corrompen, originando una vanidad pueril por conquistas sobre la materia, mientras bárbaramente se deja crecer el espíritu como la mala yerba, ó se le relega al papel de moléculas de fósforo, que se apaga ó se enciende según el estado higrométrico de la atmósfera. ¡Ah! Si hemos de empezar á una verdadera regeneración, será preciso volver, no diremos á un comunismo deficiente, que no abarcaba toda la cultura humana ni todas las leyes económicas de reciente descubrimiento muchas de ellas, pero sí á las fases del desinterés, manifestación capitalísima de la caridad, ley social por excelencia.

¡Ilustres apóstoles y maestros, que regasteis con vuestros sudores aquellas comarcas! ¡Ilustre pléyade de discípulos! ¡Recibid las ternuras del corazón y haced que nos envuelvan desde el cielo las ondas fluidicas de vuestra inspiración para guiarnos al lábaro glorioso de la Redención por el Sacrificio y el Trabajo, resumen del Cristianismo!

## VI

Allí, sobre aquel montículo sonriente, desde donde se divisan las nubes reflejadas en el límpido cristal del lago de Tiberiades; donde crecen los lirios y las amapolas; sentémonos á evocar los númenes de los nuevos profetas cristianos, que realizaron el milagro de unir las Academias de Atenas y Alejandria, con las de Antioquía y Jerusalem; y cuya labor persiste á través de los siglos en progresión creciente.....

«Yo soy un antiguo corintio, enviado de Pablo.

Vengo á anunciaros la libertad, á recordaros la doctrina. Escuchad:

(a) «No he codiciado la plata ni el oro de nadie. Para lo necesario á mí y á los que estaban conmigo mis manos me han servido trabajando. Dad antes que recibáis. Á nadie he sido carga, y he puesto el Evangelio de balde en medio de



vosotros.»—He aquí el sacerdocio del amor; siempre superior al sacerdocio del interés; y eminentemente superior al neo-sacerdocio del fraude y la avaricia en alianza con la fuerza de las potestades, rama seca, que será podada del árbol.

(b) «La caridad... Amarás al prójimo como á ti mismo... La caridad es el vínculo de la perfección.»—He aquí la ley social.

(c) «Obrad con las manos lo que es bueno para que tengáis de qué dar al que padeciese necesidad... Sobrellevad las flaquezas de los flacos, y á los enfermos... Amaos y ayudaos los unos á los otros. Sufrios los unos á los otros.»—He aquí la Cooperación, los Socorros Mutuos, la necesidad de Instituciones de previsión y orden.

(d) «Nadie procure sólo su propio beneficio, sino el de muchos. Cada uno agrade á su prójimo en bien, á edificación. Haya igualdad: vuestra abundancia supla la falta de ellos, y su abundancia supla vuestra falta.»—He ahí la abolición del pauperismo, bajo la fórmula del cada uno para todos, y todos para cada uno.

(e) «No haya pleitos entre vosotros. No disputéis. No os juzguéis. Tened paz los unos con los otros.»—He ahí el Arbitraje amistoso en sus múltiples aplicaciones.

(f) «Donde hay Espíritu del Señor hay libertad. Guardad solícitos la unidad del Espíritu en vínculo de paz. Á cada uno es dada gracia conforme á la medida del dón de Cristo. Como el Señor llamó á cada uno, así ande. Cada uno, hermanos, en lo que fué llamado en esto se quede.»—He ahí la libertad, la vocación, la variedad en la unidad, la emancipación en el orden.

(g) «Todos somos miembros los unos de los otros, y un cuerpo en Cristo. Hay dones diferentes de profecía, de enseñar, servir, exhortar, repartir, presidir. Cada uno se mantenga en su medida proporcional, en simplicidad, solicitud, alegría, amor, y ayuda mutua, hospitalidad, modestia, humildad, paz.»—Estudiad el capítulo XII de la primera epístola á los corintios, que es un brillante discurso de Solidaridad.

(h) «No debáis á nadie nada. Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma.»—He ahí la libertad y el trabajo, fuentes del progreso.....

«Y si repasamos todo el Evangelio descubriremos la armonía en el Derecho y el Deber, bajo sus más elevados conceptos; la Fraternidad, en su más brillante expresión; la Emancipación conquistada por el saber y las virtudes.»

«Cuanto en el mundo necesitáis para progresar; y cuanto alborea como más sano en vuestras cimas de adelanto social é individual, lo tenéis en germen en el Evangelio. Estudiadlo y lo veréis.»

«Amor: he ahí el nuevo mundo. Entrad en él.....»

Calla el genio corintio.

Se despidе murmurando que no dudemos de las delicias eternas, pero que la moral es el bien por el bien mismo.



Permanecemos en la colina.

Necesitamos descender, pero una fuerza nos retiene.

Hemos quedado magnetizados.

Aquí respiramos mejor.

Bullen en la mente halagüeñas esperanzas.

El alma se baña en un océano de expansión.

Á través de este prisma tornan ante nuestra vista los episodios animados de la historia cristiana en sus albores, como un cuadro vivo, cuyas figuras toman cuerpo real para proseguir la difusión de la luz en el mundo.

Como cuadros flotantes sobre los celajes purpurinos que bañan los montes, divisamos la madre desolada que busca al hijo; la pecadora arrepentida, que se postra de hinojos herida por el rayo de la fe; al mancebo, que interroga cómo se gana la vida-eterna; á Jesús, halagando á los niños, increpando á los fariseos, ó comunicando á los suyos ardor justiciero para arrojar á latigazos á los mercaderes del templo.

Los cuadros se disuelven y aparecen. Ahora se apiña la muchedumbre y se empuja por tocar las ropas de la hermosa y noble figura de Jesús, que lleva sus vestidos impregnados de un delicioso magnetismo, de propiedades curativas; más allá se sube un muchacho á un árbol para ver su cara; y en lontananza se distingue luminosa polvoreda de oraciones, que suben al cielo, nacidas de los corazones de los apóstoles que oran en la ribera; ó cual música suave se deslizan ecos armoniosos: son los de la voz de Pablo, que vibrando sonora y enérgicamente en su garganta, conmueve los pueblos, y atrae como imán misterioso á los encantados zagalejos y ancianos de Samos y de Chipre.....

Se acaban los cuadros magnéticos y retrospectivos.

Vienen otros sobre la conciencia, y nos dicen que demos treguas, porque el estudio de las verdades progresivas del Evangelio con la sublimidad de su belleza moral, es asunto que requiere largas meditaciones, profundos estudios, y sobre todo preparación conveniente de comprensión por medio de la virtud y la caridad, síntesis única del Cristianismo para todos los hombres, blancos ó de color.

## VII

¡Adiós, Palestina! ¡Adiós, espumosos ribetes de Grecia! ¡arreboles del oriente! ¡crestas tornasoladas por la nieve y los cedros! ¡bullidores arroyos! ¡sonrientes fuente-cillas! ¡flores del Jordán! ¡armonías del bosque!

Pronto volveré á vuestros escondites á escuchar las liras divinas, que inundan el mundo de amor y de poesía: pronto volveré á vuestro regazo pisado por la huella del Salvador, que abandonando mundos mejores, encarnó en pobre en-



voltura y bajo rústica cabaña para enseñar al mundo el contento en la sencillez, la paz en el modesto y oculto trabajo, el progreso en el amor, la libertad en la virtud, la gloria en la fe divina. Pronto visitaré otra vez la plácida *montaña*, porque el Redentor amaba la naturaleza, las flores, los corderos, el prado, las abejas, el niño pastorcillo, el campesino que abría los surcos, ó el pescador que echaba las redes. Amaba campos y cielos, templo donde realizaba un culto la poesía sublime de su amor, aliviando al pobre, consolando al triste, sanando al enfermo, animando con su mirada y su contacto cuanto le rodeaba, embelleciendo lo árido, apagando el hambre y la sed de los espíritus, y arrastrando en pos de sí la muchedumbre por su divina influencia magnética.

¡Oh gran médico de las almas! ¡Qué inmensa es la distancia que nos separa de ti! ¡Mientras tu irradiación llena los mundos, nosotros nos agitamos en el sepulcro de pueriles egoísmos!... Es vano intentar el coordinar ideas para elevar á ti mi pensamiento.

Hasta ti no podemos llegar por el canto ni la palabra: *sólo por la obra*.

Hasta ti sólo se llega con la humilde oración breve del corazón, sólo por la abnegación y el sacrificio, rumbos que á menudo confundimos con el orgullo y la vanidad.

Sí: esto nos demuestra que necesitamos ayuda exterior para no extraviarnos en el camino.

No apartes tu mirada de nosotros, y que nos eduquen tus ángeles en el camino que conduce á ti.

Hechos y no palabras nos pides:

Modestia, y no retóricas ampulosidades, que censuramos en otros:

Energías ocultas, y no expansiones irregulares:

Amor, y no proyectos, como címbalos que retiñen:

Caridad siempre, porque sin ella de nada sirven ritos, ceremonias, lenguas, profecías, sanidades, milagros, cantos, ni entusiasmos, ni aun entregar el cuerpo para ser quemado; sin caridad no hay salvación; al paso que con ella todos los cultos y formas son buenos:

Sencillez, y no lujo mezquino de sonidos y formas plásticas, que sólo sirven para atraer á los niños y perezosos, que repugnan lo serio:

Caridad en secreto, sin que se aperciba la izquierda de lo que hace la derecha:

Oración brevísima, y no parlerías estériles:

Trabajo, acción, perseverancia, y no desaliento, dudas, cobardías y temores infantiles:

Espíritu y no letra:

Obra viva, y no ritos y ceremonias, ó discursos, que son como exequias de difuntos paganos:



Edificación, labor contra la propia viga, y olvido de la arista del prójimo:  
Valor franco y desinteresado, y no miedo de poner la luz sobre el candelero:  
Y por último nos pides, si es necesario, libertad, tiempo, hacienda, afecciones y vida, si hemos de ser dignos de ti, que no admites al que mira atrás al poner la mano en el arado.....

¡Recibid, Señor, nuestra profunda adhesión, y nuestro entrañable amor, y haced que obremos tus discípulos según tu voluntad!

UN VIEJO CRISTIANO.

---

## AMOR PAGANO

---

¡Oh tempora, oh mores!

¡Qué tiempos aquellos en que brillaban los sabios de Grecia, y cantando el heroísmo se moría por la libertad en las Termópilas! ¡Qué tiempos aquellos en que Roma no había sido aún vencida por la cruz y deslumbraba al mundo con su poder inmenso! ¡Qué filosofía aquella que hacía escribir á Tales, seis siglos antes de Cristo, esta máxima profunda que encierra toda la humana sabiduría: «Conócete á ti mismo.» Y qué banquetes los platónicos con sus diálogos inmortales, cuánta pureza en Sócrates, cuán hermosa literatura, qué artes tan bellas! Y si los griegos fueron los maestros en todos los géneros, no puede negarse á sus inmediatos discípulos, los romanos, la grandeza en sus empresas y la perfección en sus copias. Y así entre unos y otros no dejará el lector de exclamar: ¡qué civilización! Si todo lo bueno que entonces se escribía hubiese estado al alcance del pueblo; si las leyes, si las máximas dadas para ajustar la conducta del individuo á la moral práctica hubiesen comprendido al plebeyo y al esclavo, ciertamente la civilización de entonces hubiera valido mucho y los dioses del Olimpo hubieran ya que no superado, por lo menos igualado el incomprensible Dios de los cristianos.

Mas ¡ah! la mitología poética, para nosotros como agradable fábula, denotaba en religión las ideas más rudimentarias, groseras y materiales, y al lado de los banquetes platónicos, veíanse los banquetes de los átridas con sus repugnantes venganzas; al par de las moderadas y equitativas enseñanzas de Sócrates, una sed desmedida de riquezas y una ambición inacabable de conquista y de dominio. ¿Y qué decir de las doctrinas de Epicuro, que daba rienda suelta á las pasiones, y más que ninguno consideraba el esclavo hecho para trabajar y sufrir? ¿Y qué pensar de la rara escuela de Zenón, la cual como crítica sangrienta de la de Epi-



curo, despreciaba los terrestres bienes y negaba el dolor? ¿Qué juicio formar de tan contradictorias opiniones? ¿Era el mundo pagano una sociedad armónica donde reinaran la misericordia, la caridad y la fraternidad universal? No, mil veces no. Aquellos hombres divididos en castas ó en clases, tiranizados por el Estado que todo lo sometía á su capricho, el poder excesivo del sacerdocio, que mantenía á todos en santa ignorancia para que no llegaran á columbrar verdades eternas, la fuerza de los grandes que contaban los siervos cual el pastor cuenta un hato de ganado, el patriotismo exagerado y el espíritu estrecho de nacionalidad eran motivos más que suficientes para que el odio se enseñoreara de las conciencias, y no fueran las relaciones sociales sino cúmulo de engaños y de disparates, hubiera guerras por necesidad, hambre y enfermedades en consecuencia, y todo el triste cortejo de vicios que consigo lleva la ignorancia. No se puede negar sin notoria injusticia, que en todos tiempos y en todos lugares ha habido hombres que, como ángeles caídos de otros planetas, han venido á redimir sus faltas enseñando á los demás leyes superiores en moral; pero no daban sus desvelos frutos inmediatos; en vano os afanaríais para que el grano depositado en tierra germinara instantáneamente. Todo está sujeto á leyes; si el orden y la armonía presiden á la creación, también el buen paso y las reglas reinan en el mundo moral. Como no se comprendió á Sócrates hasta que vino Cristo, como no se ha entendido el Evangelio hasta que el Espiritismo nos lo ha revelado, así era totalmente imposible que la palabra de los sabios hallase eco en aquellos tiempos de gentiles y paganos, envueltos todos en densísima niebla de ignorancia. Y aun estos mismos maestros tenían mucho que enmendar y corregir en sus propias enseñanzas.

Las sublimes teorías de Buda, sacadas á luz, hoy que así se escudriñan arcanos de pasados tiempos, no dejaban de ser panteístas; Sócrates, tenido por un revelador de las leyes de la conciencia, no dejaba de creer en la metempsicosis; y es que todo lo antiguo viene á ser ensayo de lo moderno, y para llevar á la vida práctica los vuelos de la conciencia, es menester la libertad. Pero admitido que estos sabios y estos legisladores se adelantaron muchísimo á su época, ¿en qué basaban las leyes que para constitución de la sociedad daban? ¿En el amor? No por cierto. Ni el mismo Platón llegó quizá á pensar que el amor pudiese ser la base de un Estado.

Cansado sería escribir aquí los nombres de los que aun antes de Aristóteles habían cantado el amor, pero entonaban sus himnos como poetas enamorados rendidamente de la belleza representada en la hermosura sensible especialmente en la mujer, no en ese sentimiento puro por excelencia, en ese amor que prescinde de formas y de sexos, que lo purifica todo y nos eleva hacia las regiones do coexisten lo eterno y lo absoluto, amor no practicado aún por nosotros, pero vislumbrado y sentido en las profundidades de nuestra alma. ¡Cuán diferente el



«amáo los unos á los otros,» á las durísimas leyes del mundo pagano, las cuales no tenían sentimiento de igualdad ni piedad para el débil, ni compasión para el oprimido! Eran las familias copia perfectísima del poder absoluto de los tiranos; tenía el padre derecho de vida y de muerte sobre sus hijos; ataba y desataba cuanto le placía; el amor se reducía al amor de sí mismo y al terruño que al individuo había visto nacer. Cuéntase de las lacedemonias que podía en ellas más el afecto á la patria que los maternales instintos; dícese de otras que mataban á sus propios hijos cuando nacían deformes y achacosos. ¿Es esta la ley de Dios?

No faltará sin embargo quien apasionado por aquellos tiempos, murmure que cierto sabio había dicho: «Haz á los demás lo que quieras para ti;» concepto quizá superior al cristiano que dice: «No hagas á los demás lo que no quieras para ti.» Si por el prójimo se hubiera entonces entendido el esclavo, la máxima no podía ser más perfecta, pero el filósofo que la enunció tenía muchos esclavos y esos no los consideraba como hermanos suyos. Si los dioses mismos tenían sus inferiores, ¿por qué no habían de tenerlos los mortales? Y si los felices moradores del Olimpo veíanse acosados de pasiones mil que entre ellos sembraban los celos y la discordia, ¿qué no había de suceder abajo donde los perecederos hombres llevaban el germen de penas sin fin? Quizá para comprender el adelanto de los pueblos baste estudiar sus creencias religiosas, no las sentencias aisladas y dispersas de uno que otro filósofo, sino las que profesan las últimas capas sociales. Los dioses paganos revoloteando sin cesar al rededor de la tierra, mezclándose á su antojo en los humanos asuntos, prueban bien á las claras la infancia de los hombres. Y donde no hay ilustración no busquéis libertad, y donde no hay libertad tampoco hallaréis amor. La esclavitud es motivo grandísimo de corrupción, de estacionamiento; y en un estado donde los más eran esclavos y los menos opresores, ¿qué fraternidad había de reinar? Así la historia de aquellas edades no hace sino relatarnos guerras perdurables, luchas intestinas, rebeliones anegadas en sangre, venganzas cruelesísimas y violaciones sin fin de las leyes morales. Gran cosa hubiese sido entonces que los más se hubiesen penetrado de lo que valía la justicia; y si los más sabios atenienses discutían si la justicia era virtud ó no, como lo prueban los diálogos de Platón, ¿qué concepto habían de tener de ella los que de filosofía no se preocupaban? Y si no existía la justicia, ¡cuánto menos podía reinar el amor! Inútilmente buscaremos este purísimo sentimiento en el lodazal de la ignorancia: razón y conciencia marcharon siempre á la par en los pueblos, y si en estos nuestros días está la ciencia á mayor altura que el bien, no hay por qué maravillarnos: la razón debe ir siempre delante, es luz que alumbra el camino, ella descubre la verdad y alumbra el sentimiento. La conciencia es nula en el individuo que nada sabe; sólo por las luces del entendimiento puede llegar á discernir lo bueno de lo malo, y apreciando el primero puede inclinarse á él. Queda pues demostrado, aunque brevisísimamente,



que en aquellas tan renombradas civilizaciones no existía, salvo rarísimas excepciones, más amor que el instinto, porque el hombre para amar necesita haber visto, comparado, estudiado las leyes morales; de lo contrario no ama más que á sí mismo, elevándose poco sobre el nivel del bruto, que es precisamente lo que sucedía cuando aquellas bien organizadas repúblicas de Licurgo y de Solón.

MATILDE RAS.

---

## ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE NUESTRO SIGLO

(Continuación)

Abramos la historia.

El siglo XVIII es una lucha ciclópea contra el cristianismo y en general contra toda religión positiva. La revolución del 93 preparada por los filósofos, estalla y lo derriba todo, nobleza, poder real, iglesia, cultos. ¿Qué hizo la Convención Nacional? ¿Decretó el materialismo, el ateísmo? Nada de eso; proclamó muy alto la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, poniendo á la orden del día el deber, el sacrificio, el desinterés, la abnegación y los más nobles sentimientos. Esto es nada menos que una religión decretada por los representantes de un gran pueblo, y en el momento mismo de proceder á cimentar una sociedad libre y nueva. ¿Son acaso seres supersticiosos ó fanatizados? Muy al contrario, son los espíritus más libres y despreocupados que han aparecido en el palenque de la historia. Por cima de todos sus ideales ponían sus aspiraciones á la libertad y á la igualdad. Ahora bien, ¿podría existir un pueblo libre sin moral alguna? La Convención Nacional creyó que no podía ser, y hé aquí por qué decretó la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, poniendo á la orden del día todas las virtudes.

La nueva era que se abría con ella debía inaugurarse con una renovación religiosa. Su tentativa fracasó, pero la necesidad de esta renovación es cada día más necesaria y apremiante. Esto nos prueba también que no es por la vía legislativa por donde puede llevarse á cabo la revolución religiosa. Esta voz resuena en todos los países. En Alemania, un sabio á la vez político y teólogo hace notar que el judaísmo muere ó se transforma, que el islamismo apenas puede sostenerse ni tiene ya vida, y que si el Cristianismo quiere llegar á ser la religión que predomine, tiene que transformarse, pues de no ser así, perecería. El cristianismo que piden los pueblos, dice este escritor, es un Cristianismo vivo, un Cristianismo que satisfaga la razón y la conciencia, una religión que lo regenere todo, el individuo, la familia y el Estado. No quieren una transacción exterior con lo pasado que deje á las almas su fe y nada diga á la inteligencia; necesitan una fe que la



razón pueda aceptar francamente, porque la religión es un pan de vida: quitádsela y su muerte es cierta, muerte innoble en la podredumbre de la materia. Bunzen no teme que la Humanidad llegue á este extremo; ésta tiene una necesidad irresistible de verdad, y la verdad acabará por iluminar el mundo (1).

Estas mismas ideas reinan en Inglaterra y Suiza; es más, hasta un furibundo ultramontano francés participa de ellas. En 1815, el conde de Maistre decía (2): «La Europa entra en una fermentación que nos conduce á una revolución religiosa, para siempre memorable y de la cual la revolución política de que hemos sido testigos, no fué más que un espantoso prólogo. Para limpiar el terreno hacia falta gente furiosa; ahora vais á ver llegar el arquitecto.» El arquitecto á que de Maistre se refería por intuición, tardó sin embargo más de cuarenta años en comenzar sus trabajos.

No son solamente—dice el mismo escritor en otra de sus obras—los teólogos quienes alimentan estas esperanzas; no hay tal vez ni un hombre verdaderamente religioso que no espere en este momento alguna cosa extraordinaria.

Ahora bien, y esta armonía de todos los hombres, esta conformidad general ¿es nada para que pueda ser despreciada?

*«Remontaos á los siglos pasados, transportaos al nacimiento del Salvador. En aquella época también una voz misteriosa, salida de las regiones orientales, decía que el Oriente iba á triunfar y que el vencedor partiría de la Judea.»*

No se equivocó pues Lammennais, al decir que el *Dios de los vivos* se reveló por medio de aquel que no conocía más que el *Dios de los muertos*, al escribir estas palabras: «Aquel hombre, tan seco y tan duro como pensador, no podía eximirse de un presentimiento magnífico; un reflejo de no sé qué resplandeciente porvenir, impenetrable á su razón preocupada, había brillado más de una vez sobre la espada que tenía constantemente levantada sobre el género humano» (3).

Aquellas esperanzas que de Maistre alimentaba, aparecieron más poéticas, más magníficas y brillantes en Lammennais. El 27 de Setiembre de 1833, escribía á la condesa de Scufft, una carta diciendo: «tengo la íntima convicción de que la antigua sociedad tan criminal y tan miserable, ha llegado al término de su duración, y que va á abrirse una nueva era. El género humano me parece hallarse en una posición análoga á la en que se encontraba en tiempo del advenimiento de Jesús, dividido como entonces entre un gentilismo corrompido y una sinagoga ciega. Yo espero pues alguna cosa de lo alto, alguna manifestación divina; no la presenciare; pero así lo creo, y lo creo con una fe para mí invencible. Hay, no lo

(1) BUNZEN: *Hippolytus und seine Zeit*, 101 p. 321 á 348.

(2) «Lettres et opuscules inédites», 41. p. 304.

(3) LAMMENNAIS.—Lettre du 8 octobre 1834.



dudéis, magníficas verdades ocultas en esta especie de instinto vago que remueve hoy la sociedad.»

Lammennais espera una nueva religión, mas no de los hombres, sino de lo alto por una manifestación divina, y, como sabemos, no se ha engañado. Sin embargo, esto no quiere decir que lo pasado morirá por completo, pues como él dice muy bien, no hay muerte total, no hay aniquilamiento. Esto no puede ni debe ser. En todo lo que fué hay una parte, un germen primero, un elemento de verdad que no muere, y hay también una parte que está sujeta á las condiciones del tiempo; esto es lo que muere (1). En definitiva, la muerte es un renacimiento; nada muere, todo renace, pero bajo otra forma exigida por los progresos de la sociedad (2).

Posteriormente escribía (3) al P. Ventura una carta diciendo: «El mundo se agita y se transforma bajo la mano de Dios. Asistimos á una gran muerte y á un gran nacimiento; pero nosotros solamente vemos la tumba, y la cuna se encuentra todavía cubierta con un velo.»

Lammennais considera la religión como un vínculo que une á hombres y pueblos, y esta manera de concebir la religión conduce al abate á creer que la futura religión no procederá exclusivamente del cristianismo. Estando destinada á unir á todos los pueblos, es necesario que extienda sus raíces por las creencias de todos ellos, y de paso hace notar la decadencia en que se hallan todas las religiones positivas. «Cuatro sistemas religiosos, dice, habian producido otras tantas civilizaciones, bajo muchos puntos de vista diferentes. Cada una de ellas ha tenido su periodo más ó menos largo de fuerza y de gloria. Ahora todas declinan, todas se inclinan á la vez hacia una ruina próxima y ya para varias consumada.»

Ciertamente es un triste espectáculo el de estas antiguas religiones derrumbándose todas á la vez; parece la muerte de la humanidad, pero esta muerte universal prepara una resurrección magnífica y brillante. «Ahora es de noche, proseguía el escritor teólogo, pero vendrá la luz y ya empieza á apuntar, ya se extiende en medio de las sombras menos negras, como los vagos resplandores del alba. Una fe destinada á unir á los pueblos, actualmente privados de vínculos, se forma poco á poco en las profundidades misteriosas de la humanidad, lo mismo que el niño en el seno de la madre (4).

Las palabras de Lammennais eran proféticas. Para que el género humano llegue á ser lo que debe ser, para que constituya esa unidad hacia la cual tiende,

(1) «Lettres du 10 Decembre 1831 et du 8 Novembre 1847.»

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(4) LAMMENNAIS: «Amschapands y Darwands, p. 26.



era preciso ante todo que esos sistemas religiosos que le dividen se extinguiesen y que se extinguiesen todos á la vez, á fin de que todos á la vez también los pueblos se hallasen preparados á recibir una doctrina nueva é independiente de todos ellos.

Hemos oído á los católicos profetizar una revolución religiosa; lo mismo sucede en el interior de las iglesias reformadas. Pero éstas mismas están casi desiertas, lo cual nos dice que los reformadores se han equivocado en no remontarse hasta el cristianismo original, el de Jesucristo. ¡Cosa singular! Cuando su divinidad es rechazada hasta en los púlpitos cristianos, su nombre es glorificado más que nunca.

«Continúe — dice Goethe — progresando la cultura intelectual, extiendan nuestros conocimientos las ciencias naturales, enséchese el espíritu humano, no por esto sobrepujará la grandeza del Cristianismo ni su cultura moral, tales como resplandecen en los evangelios.» Oigamos á Strauss (1). «Lo que caracteriza al genio es la armonía de las facultades de que Dios ha dotado al alma humana. En los hombres vulgares, cada facultad tiende á desarrollarse á expensas de las demás; en el hombre de genio por el contrario, lejos de tropezarse y combatirse, viven en paz y concurren sin lucha y como por una necesidad de la naturaleza á realizar lo que conviene hacer en cada instante de la vida. Pues bien, ¿encontraremos en toda la historia un alma más armónica, más límpida y más clara que la de Cristo? Podrán atormentarla las tempestades, pero no llegarán á turbarla. ¿Se prefiere hallar la señal del genio en una grande idea que inspira la vida toda, que determine el pensamiento y las acciones, que absorba todo el sér hasta el punto de que el que está poseído de ella le sacrifique voluntariamente su existencia? Muéstrenos un ideal superior al de Cristo, un hombre que haya tenido en más alto grado el poder de la abnegación y del sacrificio.» He aquí una verdadera apoteosis hecha por dos espíritus libre-pensadores; y es que hay una aspiración, una idea, una necesidad que de día en día va creciendo y en que están conformes protestantes, liberales y libre-pensadores. Esta necesidad es la de volver al cristianismo primitivo, al cristianismo de Jesús.

Este movimiento tiene lugar en el seno de las iglesias reformadas de ambos hemisferios y muy especialmente en los Estados Unidos de América. Oigamos á Teodoro Parker, al ministro unitario, al ciudadano de un pueblo libre, hablar de Cristo y del Cristianismo: «Llegará un tiempo en que los hombres conocerán á Jesucristo tal cual es.» Hoy estaría en su derecho diciéndoles: «Hace ya siglos que estoy en medio de vosotros, y todavía no me conocéis.» Si, hemos hecho de Jesús un ídolo, ante el cual nos prosternamos gritando: «Salvación, rey de los judíos;» le hemos llamado: «Señor, Señor,» pero guardándonos bien de hacer lo

(1) Strauss ubi Vergengliches und Bleibendes im Christum Hum.



que nos ha mandado. Puede reasumirse en una frase la historia del mundo cristiano, en aquella frase del evangelista: «Y ellos le crucificaron,» porque los hombres no han hecho más que crucificarle hasta en nuestros días. Pero el error es pasajero; la verdad acabará por triunfar, y veremos al Hijo de Dios tal cual es. Entonces los pueblos comprenderán sus palabras, que no pasarán jamás; entonces amaremos su vida divina, y tendremos delante de nosotros un ideal que nos esforzaremos por imitar» (1).

No se crea por esto que Parker hace de Jesús un sér sobrenatural; nada de eso, conoce demasiado á Cristo para divinizarle. «¿No se llamaba él mismo hijo del hombre? ¿No eran sus virtudes, virtudes humanas? Su sabiduría, su piedad, su caridad, por celestes que sean, ¿no son los sentimientos y los actos de un hombre como nosotros? ¿No nos ha llamado á ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos? ¿No podemos, no debemos aproximarnos á ese ideal incesantemente? Y al ver la altura á que se ha elevado Jesús, ¿por qué habíamos de desesperar de imitarle? Se le llama revelador, pero ¿qué es lo que nos ha revelado? ¿Son misterios que nuestra inteligencia no comprende, que nuestra alma no se asimila? Nos ha revelado la unión de lo divino y lo humano, nos ha revelado la perfección que es dado al hombre realizar» (2). Pero, ¿bastaría á los pueblos del siglo XIX, una religión dada á los pueblos de la antigüedad? ¿Bastaría, para satisfacer la rebelde creencia razonable de fe religiosa, la vuelta del Cristianismo de Jesús? Ó cómo esperaba Lammennais, ¿habría una manifestación divina y descendería de lo alto el arquitecto que había de edificar sobre la ruina de todas las religiones positivas?

No, no bastaba la vuelta al Cristianismo de Jesucristo, y debía muy pronto aparecer un nuevo enviado; mas antes debían precederle los hechos en que había de basar su doctrina, y los hechos no tardaron en presentarse.

## XXI

### LA TERCERA REVELACIÓN

Digo mal, no se presentaron por vez primera, sino que se repitieron y multiplicaron en todas partes con rapidez pasmosa. Estos extraños fenómenos que hacia el año 1848 llamaban la atención en los Estados Unidos de América, y luégo pasaron á Europa, consistían en movimientos de objetos pesados sin causa alguna aparente; en especial, de mesas que se movían bajo la presión de las manos de

(1) TEODORO PARKER: *Obras*, t. I, p. 192-194.

(2) *Ibid.*



los experimentadores y muchas veces contra la voluntad de éstos. Poco tiempo después, cuando empezaba á declinar en el olvido el pasatiempo magnético de la danza de las mesas, presentóse el fenómeno bajo otro singular aspecto que vino á encender de nuevo la curiosidad insaciable de todos los experimentadores. Mediante un cierto número de golpes convenidos de antemano, y dados por un pié de la mesa, ésta contestaba á las preguntas hechas, las más de las veces, mentalmente, con asombro y extrañeza de los circunstantes.

Una gran parte se declaró contraria á la formalidad en la investigación, no viendo en tales fenómenos más que un bonito pasatiempo. ¿Quién había de pensar que un hecho tan trivial, tan sencillo, había de ser la revelación de un mundo nuevo, que á nosotros se manifestaba?

Con una cometa que servía de juguete á unos niños, descubrió Franklin el para-rayos.

Por una manzana que vió Newton caer al suelo desde la rama en que brotara, descubrió la ley de gravitación universal.

Por ver danzar á unas ranas atravesadas por una varilla metálica, después de muertas, descubrió Galvani el fluido galvánico.

Los hombres pensadores empezaron á ocuparse seriamente del asunto. Veían, por una parte, una fuerza magnética que movía la mesa y por otra una inteligencia que contestaba á las preguntas que se le hacían.

Entonces la curiosidad se convirtió en admiración, al ver que el sér misterioso—causa del fenómeno que dijo ser un genio ú espíritu,—trataba las más profundas cuestiones filosóficas, históricas y científicas, etc., etc., con una profundidad y una lógica increíbles. Y que el ser hechas las preguntas mentalmente y á veces dadas las respuestas en lenguas que los circunstantes ignoraban, alejaban toda idea de una participación directa ni indirecta por parte de ninguno de ellos.

Entonces se vió llegar al arquitecto, que había profetizado de Maistre, que había anunciado Lammennais, al hombre que estaba destinado á formar el cuerpo de doctrina emanado de las espléndidas regiones donde mora el Espíritu para dar á la Humanidad aquella fe que apetecía.

Este hombre fué Allan Kardec.

## I.

Nació en Lyon el día 3 de Octubre de 1804, siendo hijo de una antigua familia que se había distinguido en la magistratura y en el foro. Educado en Suiza y en la escuela de Pestalozzi, fué uno de sus discípulos más eminentes y después uno de los más ardientes propagadores de su método de educación.



Nacido en el catolicismo y educado en un país protestante, tuvo que sufrir, con este motivo, las consecuencias de la intolerancia y el fanatismo de las sectas.

A. Kardec ó sea M. Leon-Hyppolyte-Denizart-Rivail, cuando había cumplido sus estudios, volvió á Francia su país natal, y supo alcanzar una fama justísima de hombre sabio. Abrióronle sus puertas muchas sociedades y academias científicas, viendo premiado en el concurso de 1831 por la Academia real de Arras, su notable trabajo titulado: *¿Cuál es el sistema de estudios más en armonía con las necesidades de la época?* Ya en 1828 había publicado otra obra titulada: *Plan propuesto para el mejoramiento de la instrucción pública*, en 1829 un *Curso práctico y teórico de Aritmética, según el método de Pestalozzi, al uso de los profesores y de las madres de familia*, y en el mismo año en que la Academia real de Arras coronó su memoria, una *Gramática francesa clásica*.

Siguieron á ésta otras muchas obras, en que no se sabe qué admirar más, si la concisión de los pensamientos, la elegancia del lenguaje ó la profundidad y elevación de los conceptos.

*Manual de los exámenes para los títulos de capacidad, Soluciones razonadas de las cuestiones y problemas de Aritmética y geometría, Catecismo gramatical de la lengua francesa, Programa de los cursos usuales de química, física, astronomía y fisiología*, que él mismo enseñaba en el Liceo polimático; así como en su domicilio (rue de Lebres), donde había establecido cursos gratuitos de química, física, anatomía comparada, astronomía, etc., etc., y por último en 1849, una obra cuyas ediciones fueron arrebatadas, por decirlo así, hasta de la imprenta y agotada muy pronto, que llevaba por título: *Dictados normales de los exámenes de la Casa consistorial y de la Sorbona, acompañados de dictados especiales sobre las dificultades ortográficas* (1849). El arquitecto, como de Maistre decía, sabía manejar vigorosamente la piqueta; era, como vemos, un hombre amante de la ciencia y un escritor de vastísima erudición.

A. Kardec comprendía la religión como Lammennais, como un lazo de unión que venga á estrechar más y más á hombres y pueblos. Desde temprana edad venía trabajando con el pensamiento de llegar á *la unificación de todas las creencias*. Pero echó de ver muy pronto que le faltaba el elemento indispensable á la solución de este gran problema. Y más tarde, cuando vino el Espiritismo á proporcionárselo, pudo exclamar como el ilustre Arquímedes: *Eureka*, imprimiendo á sus trabajos sobre estos fenómenos, una asiduidad constante y una perseverancia sin igual. Sus observaciones sobre tales hechos concretáronse principalmente á deducir de ellos sus consecuencias filosóficas. Vió en ellos el principio de nuevas leyes naturales; las que rigen las relaciones del mundo visible con el invisible, reconociendo en la acción del último, una de las fuerzas de la naturaleza, cuyo conocimiento debía dar al hombre la clave de una multitud



de problemas, hasta allí insolubles, comprendiendo su inmenso alcance é importancia inmensa bajo el punto de vista religioso y filosófico.

Sus principales obras sobre esta materia son: *El libro de los Espíritus*, cuya primera edición salió á luz el 18 de Abril de 1857. *El libro de los mediums*, publicado en Enero de 1861. *El evangelio según el Espiritismo*, en Abril de 1864. *El cielo y el infierno ó la justicia divina según el Espiritismo*, en Agosto de 1865, y el *Génesis, los milagros y las profecías según el Espiritismo*, en Enero de 1868.

El 1.º de Abril de 1858 fundaba en París la primera Sociedad espiritista, con el título de *Société parisienne d'études spiritistes*, y el 1.º de Enero de aquel mismo año, fundó también la *Revue Spirite*, periódico mensual, encargado de defender las nuevas doctrinas.

«A. Kardec—como dice un escritor contemporáneo—se defiende por sí mismo de haber escrito nada bajo la influencia de ideas preconcebidas ó sistemáticas; hombre de un carácter frío y sereno, ha observado los hechos y de sus observaciones ha deducido las leyes que los rigen, el primero que ha dado la teoría y que ha formado un cuerpo de doctrina metódico y regular.

»Demostrando que los hechos erróneamente calificados de sobrenaturales están sometidos á leyes, les hace entrar en el orden de los fenómenos de la naturaleza y destruye de este modo el último refugio de lo maravilloso y uno de los elementos de la superstición. Durante los primeros años en que se ocuparon de los fenómenos espiritistas, estas manifestaciones fueron más bien un objeto de curiosidad que un objeto de serias meditaciones. *El libro de los espíritus* hizo considerar la cuestión bajo otro aspecto. Entonces se abandonaron las mesas giratorias, que no habían sido más que un preludio y se relacionó á un cuerpo de doctrina que abraza todas las cuestiones que interesaban á la Humanidad.»

Desde entonces consiguió la nueva doctrina fijar la atención de los hombres serios y estudiosos tomando un desarrollo rápido y creciente.

Fué estudiado por comisiones científicas de las academias de Petersburg, tres de cuyos miembros Alejandro Aksakov, publicista y consejero de Estado, Wagner, y Butlerow, eran ya espiritistas antes de nombrarse una comisión para estudiar los fenómenos del Espiritismo; de la *Academia pneumatológica, psicológica experimental florentina*, que en las actas de sus sesiones de Mayo insertaba el testimonio de sus conclusiones razonadas y favorables; de la *Sociedad dialéctica* de Londres bajo la dirección del eminente físico y químico M. W. Crookes, quien en los extractos de sus *Memorias* dirigidas á la Sociedad Real de Ciencias de Londres, hacía constar la perfecta realidad de los fenómenos espiritistas aceptados y testificados por las academias y sociedades científicas de otros pueblos y por hombres tan eminentes en Inglaterra como Crookes, Cox, Wallace, de la Academia real de ciencias de Londres; en Alemania por Zölner, Fechner y Weber, profesores de la Universidad de Leipzig; en Francia por Flammarión, Hugo, Gauthier



y otros muchos; en Rusia por Butlerow y Wagner, profesores de la universidad de San Petersburgo; en España por el eminente orador Degollada, y muchos otros doctores y profesores contemporáneos, tanto en Europa como en los demás países de ambos hemisferios.

La Tercera Revelación ó sea el Espiritismo, viene á resolver ambos problemas, el social y el religioso y puede resumirse en estas palabras del Espíritu de Verdad, puestas por A. Kardec como prefacio en su obra *El Evangelio según el Espiritismo*:

«Los espíritus del Señor, que son las virtudes de los cielos, se esparcen por toda la superficie de la Tierra, como un ejército inmenso, apenas han recibido la orden; parecidos á las estrellas que caen del cielo, vienen á iluminar el camino y abrir los ojos á los ciegos.

»En verdad os digo que han llegado los tiempos en que todas las cosas deben ser restablecidas en su verdadero sentido, para disipar las tinieblas, confundir á los orgullosos y glorificar á los justos.

»Las grandes voces del cielo retumban como el sonido de la trompeta, y se reúnen los coros de ángeles. Hombres, os convidamos á este divino concierto; que vuestras manos pulsen la lira; que vuestras voces se unan y que en himno sagrado se extiendan y vibren de una á otra parte del Universo.

»Hombres, hermanos á quienes amamos, estamos á vuestro lado; amaos también unos á otros, y decid desde el fondo de vuestro corazón, haciendo la voluntad del Padre que está en el Cielo: «¡Señor! ¡Señor!», y podréis entrar en el reino de los cielos.»—(EL ESPÍRITU DE VERDAD.)

Y como todo hecho histórico, el *hecho histórico* de la Tercera Revelación no estaba aislado sino que estaba predicho por el mismo Jesús de Nazareth, sus apóstoles y discípulos en varios pasajes de sus obras. Aquél decía á sus adeptos: «Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que more siempre con vosotros, el Espíritu de Verdad á quien no puede recibir el mundo porque ni le ve, ni le conoce: mas vosotros le conoceréis porque morará con vosotros y estará en vosotros.—Y el Consolador, el Espíritu santo (1) que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os hubiese dicho.» (Juan, c. XIV, v. 15, 16, 17 y 26.) Cristo había dicho: «Yo no vengo á destruir la ley, sino á cumplirla». El Espiritismo dice también: yo no vengo á destruir la ley cristiana sino á darle cumplimiento. No enseña nada contrario á lo que enseñó Cristo, sino que desarrolla, completa y explica en términos claros para todo el mundo lo que aquél dijo bajo la forma alegórica, y viene en los tiempos predichos por Cristo á cum-

(1) La colectividad de espíritus buenos.



plir lo que él anunció. Es pues obra suya que él mismo preside y que prepara el reino de Dios en la tierra como Cristo nos anunció.

(Continuará.)

\*\*\*

---

## DIÁLOGO CON UN ESPÍRITU

---

PABLO.—¡Fría é indiferente Naturaleza! Mientras yo sufro, tú te ríes, matizas los campos con florecillas de mil colores de cuyos cálices tímidamente entreabiertos para recibir el rocío, se exhalan mil embriagadores perfumes; reunes en el bosque silencioso á las pintadas avecillas que con arpadas lenguas entonan dulces melodías; mientras que la brisa lleva en conjunto armónico y sublime aquellas esencias y estos trinos melódicos á perderse en lo infinito del Espacio; y yo mientras tanto, siento rugir fiera y deshecha tempestad en el fondo de mi sér pensante. ¡Amarga ironía! Cuando todo ríe, sólo yo lloro; cuando todo está alegre, sólo yo sufro. Me he preguntado cien veces ¿qué objeto tengo yo en este mundo? ¿Para qué he salido yo de la inconsciencia? ¿Quién ha sido esa causa que me ha despertado á la vida, dándome la conciencia y el libre albedrío? ¡Ay! ¡Que en mi mente al llegar á este punto todo son dudas! É indudablemente que mi misión no es otra que buscar la felicidad en esta Tierra, cueste lo que cueste, —me dije entonces—y ahora veo que no es así. No; la felicidad material, esa felicidad que consiste en la satisfacción de todos los apetitos que el hombre siente, esa felicidad que estriba en los goces de los sentidos, no es la verdadera; yo la he tenido en mi mano, y sin embargo no he sido feliz. Y si no es la felicidad el objeto exclusivo del hombre, ¿cuál es entonces?

EL ESPÍRITU.—Óyeme y no te asustes, pobre hombre de la Tierra, tú que al verme me tomas por ilusión de tus sentidos, por quimérica visión que forja tu mente, cuando soy un sér real y no ilusorio, un hermano tuyo y no una creación de tu fantasía. ¡Felicidad! He aquí una palabra que cada sér interpreta á su modo, haciendo de ella el fin de todos sus esfuerzos y el objeto de todas sus aspiraciones. Más bien que una palabra, es un proteo que cada cual acomoda á su gusto sin tomarse el trabajo de pensar si esa felicidad tan ansiada, puede ser patrimonio de un sér tan imperfecto como el hombre. Y todos instintivamente, propenden hacia ella, creyéndola el único objeto, la única misión del hombre en la Tierra. Mas á medida que las inteligencias en su evolución progresiva hacia la perfección, abarcan un horizonte más extenso en el orden de las ideas, el problema de su destino y fin en este mundo se les presenta en términos más pre-



cisos y concretos, y entonces comprenden que esa felicidad que tanto ansían, no puede consistir en los goces de los sentidos, ni en los honores y riquezas. Y como los bienes terrestres, esos efímeros placeres, pasan, dejando en su corazón el hastío y en su mente preocupaciones absurdas; al invadirle aquél y dominarle éstas, el hombre echa de ver que sus placeres son mentidos y sus riquezas pasajeras, comprendiendo entonces que la verdadera felicidad sólo consiste en la bienhechora y apacible calma del Espíritu de que se encuentra privado.

Yo vengo á dar una contestación á las preguntas que hace muy poco formulabas. Tu objeto en este mundo, como sientes muy bien, no es esa felicidad que causa hastío; es más grande, más sublime que todo eso. La causa eterna que despertó á la vida tu espíritu, dictó á los mundos y dictó á los seres, leyes inmutables y como Ella sapientísimas. Del seno de las nebulosas precipitáronse en gigantes cascadas, por lo infinito del Espacio, miríadas de soles describiendo gigantescas curvas. Del seno del elemento inteligente universal, al soplo de la Divinidad, salieron sencillos é ignorantes miríadas de Espíritus destinados á habitar los mundos que brotaran del Ecuador de cada uno de aquellos soles esplendentes. Y así como siempre continúan brotando soles nuevos y nuevos mundos en el Espacio, también continuamente del seno de esa inteligencia universal, despiertan á la vida nuevos seres, bajo la mano de Dios. Y una misma es también la ley que rige á todo lo existente, el progreso. En la materia es dejar una forma bajo la mano del artífice que la modela, para tomar otra más perfecta. En el hombre es dejar un defecto para cultivar una virtud. Su progreso no está limitado á la corta duración de esta existencia, sino que se prolonga á lo infinito, en existencias sucesivas; para realizarlo, tiene un campo infinito. Así como la mariposa recorre las praderas, libando en cada flor una esencia, el hombre recorre los espacios, libando en cada mundo el néctar de una virtud nueva, para elaborar con ellas la corona y el sustento de su espíritu.

Si; tu misión es, cual dijo el Cristo, «ser perfecto como nuestro Padre celestial»; y para adquirir esa perfección y con ella una dicha eterna, tienes ante ti una vida infinita.

PABLO.—Díme, genio querido, ¿cómo podré llegar á adquirir esa calma tan anhelada?

EL ESPÍRITU.—Con una gran fuerza de voluntad únicamente. Ella es la base de toda moralidad y entrambas son indispensables para conservar la bienhechora y apacible calma que aun en medio de las tempestades más furiosas desencadenadas sobre el espíritu humano por las pasiones, sirven de base á la meditación y al estudio de sí mismo; condiciones necesarias de la verdadera felicidad.

La vida del hombre seméjase á los períodos de tiempo que designáis con el



nombre de años. La primavera abunda en flores, y la infancia del hombre abunda en ilusiones, verdaderas flores del Espíritu. Flores y sueños, perfumes y besos, alas é ilusiones, he aquí las galas de la primavera del año y la primavera de la vida humana. En la *primavera* de la vida, corteja la gloria el sér humano, y en el *estío* prodígale sus frutos la prudencia, del mismo modo que en la Naturaleza las flores caen para dejar paso á los frutos. El *otoño* viene á librar al espíritu, ávido de progreso, de sus debilidades y pasiones, del mismo modo que en el otoño del año perecen los insectillos que roen los arbustos y les ensucian con sus patas llenas de lodo.

En el *invierno* de la vida cubren su cabeza blancas canas, como cubren los montes blancos copos de fría nieve. Y así como el tiempo nunca acaba y tras de los rigores del invierno vuelve alegre y rosada la perfumada primavera, tampoco el espíritu humano acaba al caer en la tumba, sino que como el tiempo es eterno, recíbele la cuna en su seno y los fulgores de una nueva vida asoman para él nuevamente en el cielo de su esperanza.

Si quiere sacar fruto de su existencia, le es indispensable una educación armónica de todas sus facultades, una actividad consciente, calculadora y ordenada, así como una fuerza de voluntad poderosísima. Sin esto, todos sus esfuerzos serán nulos, todos sus pasos serán torcidos. Oye con este objeto una parábola.

Un padre de familia distribuyó entre sus dos únicos hijos su hacienda, queriendo ver el uso que hacía cada uno de la parte que le otorgara.

Consistía aquella en dos fincas iguales hermosísimas, grandes, que cultivadas con asiduidad podrían cada una por sí solas bastar á mantenerlos con holgura.

Uno de ellos cogió el azadón y cultivó por sí mismo su finca, abrió zanjas, llevó agua abundante para regarla, plantó árboles sin cuento y embellecióla de tal modo que estaba completamente desconocida. Todo allí era bello y poético; árboles cargados de frutas; selvas llenas de flores; bosquecillos silenciosos y perfumados, por cuyo seno serpeaban cien fuentejillas cristalinas, limpidas y bullidoras con un murmullo melodioso.

Las ramas cargadas de dorados frutos pasaban las tapias de su finca yendo á caer al lado opuesto donde estaba la de su hermano, lo mismo exactamente que aquella, presentando un singular contraste.

Al otro lado todo eran rocas desnudas, lodo y abrojos.

En vez de trabajar la finca con asidua solicitud como su hermano, éste se había dedicado á los placeres y á los vicios.

—¿Yo—decía—molestarme en adornar mi finca mientras tenga para gozar y divertirme? No sería mal tonto. Ahí está mi hermano, ha pasado toda su juventud trabajando como un perro, y hoy se encuentra ya casi viejo sin saber lo que



son diversiones ni lo que son placeres. Al fin y al cabo yo me he divertido y esto llevo adelantado.

Mas he aquí que sobrevino una muy grande miseria y perdieron ambos todo el metálico que tenían, quedando reducidos exclusivamente á sus fincas; y mientras el mayor halló en la suya lo suficiente para vivir, el menor se vió en la más espantosa miseria.

Desnudo y hambriento se presentó un día en la casa paterna á pedir á su padre sustento y abrigo, y éste le dijo:

—Hubieras trabajado como tu hermano, y no te verías ahora en trance tan amargo. Toma tu azadón y vuelve y cultiva tu finca, haz de ella el objeto constante de tu vida, y no te verás como te has visto.

Tomó el joven el azadón y volvió á su finca. Los abrojos hacían brotar sangre de sus plantas, el fodo manchaba su cuerpo, mas no por eso desmayaba, sino que alzando sus ojos al cielo decía:

—Padre, perdóname, en mi extravío no supe evitar que brotasen abrojos en mi finca y el lodo la manchase; hoy sufro las consecuencias lógicas de mi funesta ceguedad.

Y seguía trabajando con tan febril actividad, que al poco tiempo había desaparecido el lodo y cortado aquellos abrojos. Luégo... luégo, los frutos más grandes, más hermosos inclinaban con su peso las ramas de los copudos árboles que plantara un día, y que había regado muchas veces con las lágrimas de sus ojos.

Ese es el hombre; su finca es su espíritu; los abrojos y el lodo, sus vicios y pasiones; los frutos sus virtudes.

Lo que no hace en una existencia ha de hacerlo en otra; como el vicioso, lo que no hizo un tiempo lo hizo en otro.

¡Cuántas lágrimas os ahorraríais si no os separaseis del camino de la virtud! Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos, he ahí vuestra misión, hombres de la Tierra. Haced de vuestra alma el objeto constante de vuestros cuidados, y conseguiréis hacer de ella una obra de arte inimitable, en la que todo sea armónico y sublime. Sólo así podréis acercaros cuanto queráis á vuestro Padre celestial en perfección y amor.

Dijo el Espíritu, y remontó su vuelo dejando al hombre abismado en profunda meditación.

M.—Gimeno Eyto.

\*\*\*





## EL ESCULTOR Y LAS ESTATUAS

(FÁBULA)

En un taller de escultura

disputaban cierto día,

unas estatuas que allí

se encontraban reunidas.

Representaban las unas,

damas nobles y bellísimas,

mendigos y reyes, otras

seres de clases más ínfimas.

Decíale á un pordiosero

una dama muy bonita:

— Di, cuando tú ves mi rostro

que á los mortales fascina

¿no te da envidia de mí?

Y otra á su vez le decía:

— Cuando ves mi frente augusta

con la corona ceñida,

¿no te da celos? ¿no tienes

de mi majestad envidia?

Y una tercera al mendigo

de este modo zahería:

— Cuando mis lujosos trenes

pasar ves, ¿no te da envidia?

Mas el infeliz mendigo

de este modo les replica:

— Tus glorias... ¡glorias fugaces!

que duran muy pocos días.

Tu hermosura cual la rosa

que á la noche se marchita.

Tus riquezas y tesoros

tampoco me dan envidia.

Sólo una cosa en el mundo

hay que en mí la envidia excita,

que es el tener la conciencia

de toda mancha bien limpia.



Lo demás es pasajero  
en esta efímera vida.

Cuando acababa el mendigo,  
acertó á entrar el artista,  
que escuchó tras de la puerta  
la conversación habida  
entre ellos, y de este modo  
les arguyó: — ¡Por mi vida!  
¿qué méritos habéis hecho,  
canalla ensoberbecida,  
para así enorgulleceros?

Si de mi buril de artista  
no hubiérais salido bellos  
¿qué belleza ostentaríais?

Así son también los hombres  
que en aqueste mundo habitan:  
si del sublime buril  
del Perfectísimo Artista  
no hubieran salido *grandes*,  
¿qué *grandeza* ostentarían?

GRUPO DE LA PAZ.—Medium G. E.

\*\*\*

## ¿CUÁL DE LOS DOS ES MÁS CIEGO?

Un doctor materialista  
semi-burlón, semi-serio,  
preguntaba cierto día  
á un ciego de nacimiento,  
á quien con su vasta ciencia  
y su profundo talento  
devolviendo iba la vista:  
—Dime, ¿cómo es Dios? Y el ciego  
le contestó al poco rato:  
—Decidme vos lo primero  
cómo es la luz que á ver voy,  
y os contestaré yo luégo.

— La luz es, pues, un fluido  
que engendra colores bellos,  
en fin, la luz... es la luz.  
— Pues lo mismo es el Eterno.

Dios es Dios; y es imposible  
que podamos comprenderlo  
porque nos falta un sentido;  
¿y no sería yo un necio  
si diera en negar la luz  
porque no obtuve en mi anhelo  
el favor de poder verla?  
Pero doy gracias al cielo;



porque si no me dió vista,  
prefiero haber sido ciego  
del cuerpo que no del alma  
cual tú y muchos que yo siento.

GRUPO DE LA PAZ.—Medium G. E.

Ahora pregunto yo:  
¿Cuál de los dos es más ciego?

\*\*\*

## ¿QUÉ VALE MÁS?

Preguntaba cierto día  
á un negro de la Guinea,  
un ilustre explorador:  
qué era mejor, las riquezas  
ó el saber? Y diz que el negro  
le refirió esta leyenda:

«Llamó Dios á los dos hijos  
de la primera pareja  
humana (uno de los cuales  
negro como el ébano era  
y el otro blanco), y poniendo  
ante ellos mucha riqueza  
y un libro, dióles á entrambos  
á elegir lo que quisieran.  
El negro, cual primogénito,  
tenía la preferencia  
en la elección, y la hizo  
optando por las riquezas

y dejando el libro aquel  
á su hermano. La leyenda  
dice, que sin saber cómo,  
fué llevado éste á unas tierras  
muy lejanas y muy frías,  
pero gracias á la ciencia,  
que en aquel libro aprendió,  
llegó muy pronto á la meta  
de la fortuna, adquiriendo  
innumerables riquezas,  
y que su hermano mayor,  
que había malgastado aquellas,  
vivió muchísimos años  
para ver que de la ciencia,  
vale más la luz sublime  
que cuanto existe en la tierra.»

Esto contestó al viajero  
un negro de la Guinea.

\*\*\*

GRUPO DE LA PAZ.—Medium G. E.

## CRÓNICA

NUEVA POLÉMICA: El ilustrado joven Fr. Conrado Muñós Sáenz del convento de Agustinos filipinos de la ciudad de Valladolid, con sus denigrantes calificativos contra el Espiritismo ha provocado una polémica, que probablemente no sostendrá hasta el fin; y que nuestro amigo el señor Vizconde Torres Sola-



not se ha propuesto entablar, en *El Criterio*, retando al joven fraile en un artículo que hemos leído en el periódico de coalición republicana de Valladolid, titulado *El 11 de Febrero*.

Tendremos al corriente á nuestros lectores del curso que siga esta discusión, si á ello da lugar el fogoso fraile, colocándose en el noble terreno de la lucha científica, y se detiene en su mal empezada carrera, denigrando lo que seguramente no conoce, por cuyo motivo el previsor vizconde acompaña á su reto una Exposición doctrinal de nuestros principios.

\* \* También nuestra amiga la señorita D.<sup>a</sup> Amalia Domingo y Soler, Directora de la *Luz del Porvenir* y colaboradora de nuestra REVISTA, se ha encargado de poner en cintura al P. Fita, que hace tiempo asesta sus ponzoñosos dardos al Espiritismo y á los espiritistas, desde el púlpito. En estos tiempos cuaresmales, los predicadores católicos se han propuesto hacer la propaganda del Espiritismo predicando en contra del mismo. Si otra cosa piensan los reverendos que han tomado á su cargo acabar con el Espiritismo y los espiritistas, se equivocan; al Espiritismo se le debe atacar con mejores argumentos y mejor lógica que la que usan los sabios doctores que desde el púlpito osan maldecir y denigrar, solo por espíritu de secta, los principios inconcusos que están por encima de todas las miserias de los que en la humana vida se congregan para ser más fuertes, auxiliados por el fanatismo y la ignorancia de sus secuaces. Esta generación pasará sin que esos enemigos encarnizados de toda civilización puedan gozarse en la muerte de nuestra regeneradora creencia; la generación venidera contará ya pocos contradictores en las mermadas y casi extinguidas filas de esa milicia sacerdotal que nos ahoga en nuestros tiempos; y pasadas dos generaciones solo quedarán vestigios, ruinas de lo que fué esa casta que contemplarán las venideras generaciones como contemplamos nosotros los derruidos templos paganos. No somos profetas; en este caso profetiza la historia.

\* \* CONSOLATIONS ET ENSEGNEMENTS. Dictados espiritistas elegidos y publicados por el Dr. Wahú, oficial de la legión de honor, médico principal de los hospitales militares, retirado; corresponsal de muchas academias y sociedades científicas, nacionales y extranjeras. El Dr. Wahú, entusiasta espiritista, autor de varias obras científicas, ha publicado este libro (*vade mecum*) interesante para nuestra propaganda, en un pequeño volumen de más de 250 páginas. Cuesta un franco en Liege (Bélgica) en las oficinas del antiguo y excelente periódico espiritista *Le Messenger*. El Dr. Wahú tiene en preparación para publicarse, entre otras obras, *El Espiritismo en la antigüedad y en los tiempos modernos*, algunos de cuyos artículos se han leído ya en *Le Messenger*. Felicitamos al incansable propagador Dr. Wahú.

\* \* Á un padre de familia, pobre de solemnidad, hace pocos días se le murió un hijo de corta edad, y entre los vecinos costearon una pequeña caja para su



entierro, que costó 24 rs. Esta caridad del vecindario, la inutilizó el cura del pueblo pidiendo al desconsolado padre 20 rs. por derechos de enterramiento, toda vez que el cadáver llevaba caja ó ataúd. Esta exigencia tan sin razón y tan falta de misericordia, obligó á que el desgraciado padre hiciera pedazos la caja y enterrara á su hijo sin ella.

Estos casos iguales ó parecidos que se repiten sin cesar en toda España, quedando los más repugnantes é inmorales en el secreto inquisitorial de esos clubs que conspiran constantemente de un modo directo ó indirecto contra la paz de los pueblos y de los gobiernos, son el grito de alarma que despierta á España de su letargo para que abandone el fanatismo religioso, y arroje lejos de sí ese balcón de ignominia que imponen las religiones positivas á los que como humildes ovejas se arrastran á sus piés.

---

## RECAUDADO POR SUSCRICIONES

---

### TERREMOTOS

Suma anterior, 33 ptas. 50 cts.—J. M. de Poblet de Segur, 5 ptas.—J. P. F., 10.—G., 1.—V., 50 cts.—Total, 50 ptas.

---

### CORCHADO

Suma anterior, ptas., 101'30.—J. B., 1.—J. P. F., 10.—Total, 112 ptas. 50 cts.

NOTA.—La cantidad recaudada para los desgraciados de Andalucía se ha remitido á nuestro hermano en creencias de Málaga D. José Prudencio Saenz, para que socorra á la familia que más haya sufrido y haya sido menos atendida.

La segunda partida recaudada se ha remitido á D. Rafael M.<sup>a</sup> de Labra, diputado á Cortes, iniciador de la suscripción.

En nuestra casi imposibilidad de dedicarnos á recaudaciones de esta clase por la índole de nuestro periódico mensual, hemos cumplido, y lo que se recaude en lo sucesivo en los mismos conceptos, se le dará igual destino. La dirección de la REVISTA mandó para las tómbolas que se han celebrado en Barcelona, libros por valor de 50 Ptas.